

PARTE TERCERA

El martirio.

La muerte es un bien inmenso para los que constantemente gimen bajo el terrible peso de la desgracia.

JOSÉ MARCO. — (*Cartas á la autora.*)

I

Como un mes después de los funestos acontecimientos que acabamos de referir, dos personas muy interesantes en nuestra historia se encontraban en un modesto pero lindo gabinete de un cuarto segundo situado en la calle del Avemaría.

Eran doña Catalina y su hija Adoración, convertida en una preciosa y esbelta joven.

La habitación estaba vestida de un papel de color de lila claro con grandes arabescos blancos; una sillería de tapicería de los mismos colores, una consola de limonero y un bonito espejo dorado componían su mueblaje; delante del balcón caían cortinas de muselina blanca, y una

ancha copa de bronce, llena de fuego, daba, á falta de chimenea, calor á la habitación.

Eran las dos de la tarde, y el sol vivificante de Febrero parecía reanimar la naturaleza enlutada el mes anterior.

Doña Catalina, sentada junto al balcón, hacia calceta; su fisonomía se conservaba hermosa y simpática, pero un tanto grave; no se notaba en ella otra diferencia que la de llevar unos preciosos y ligeros anteojos de oro.

La pobre señora había llorado tanto la ingratitud de su sobrina, que su vista se había debilitado hasta el punto de tener que renunciar á todas las labores de aguja, y aun á la calceta, sin el auxilio de sus gafas.

Llevaba un vestido oscuro, un pañolón oscuro también, aunque de mucho gusto, y una cofia de batista bordada primorosamente por Adoración.

Esta ocupaba una banqueta frente á su madre; su estatura mediana estaba, sin embargo, llena de gentileza y gracia; su talle elástico y flexible adquiría mayor belleza en sus contornos por el admirable corte de su vestido de lanilla de color de avellana; llevaba cuello y mangas lisos, pero de azulada y deslumbradora blancura; sus abundantes y rizados cabellos castaños se recogían en sus sienes en dos gruesas y apretadas trenzas, é iban á confundirse con el ele-

gante lazo formado detrás de su cabeza por otra trenza muy espesa.

En todo su traje, en todo su tocado, tan gracioso y distinguido, no había ni un lazo, ni un adorno, ni siquiera un alfiler.

Su rostro fresco y encantador formaba un óvalo prolongado que coronaba su frente, un tanto estrecha por la abundancia del cabello que brotaba en ella; su tez, al perder el satinado de la infancia, había tomado un tinte más moreno, pero no menos seductor, por estar animado de un puro y dulce sonrosado; sus ojos azules, aunque siempre grandes, parecían haber crecido, y era admirable la riqueza de sus oscuras cejas y pestañas; nada más hechicero y suave que su pequeña y encarnada boca, su nariz recta y delicada y sus blancas y afiladas manos, un tanto largas; sus piececillos, calzados con botitas de casimir negro, hubieran dado envidia á una duquesa.

Acostada en un almohadón bordado, colocado junto á la copa, dormía Camelia, la perrita de lanas, compañera inseparable de Adoración.

Ocupábase á la sazón la joven en una labor de *crochet*, pues la señorita de Sandoval, aunque artista de genio é inspiración, y célebre ya en la pintura, no ignoraba ninguna de las labores propias de su sexo; sus vestidos y los de su madre estaban confeccionados por sus manos, así como

los abrigos y adornos, excepto los sombreros, que los traía Víctor de París aprovechando los frecuentes viajes que hacía á la capital de Francia.

A su turbulenta vivacidad de niña había sustituido una dulce gravedad; la mirada de sus hermosos ojos, brillante siempre, era ahora pensativa y hasta algo melancólica; y aunque, como en otro tiempo, por el menor accidente soltaba una franca carcajada, se veían temblar muy á menudo gruesas lágrimas en la riquísima franja de sus pestañas.

Desde el abandono de Evangelina, de su única y querida amiga de la infancia, las travesuras de Adoración desaparecieron por completo; en aquel corazón tierno y sensible abrió este doloroso acontecimiento una herida tan profunda que no debía cerrarse jamás.

El sueño huyó de sus ojos; no podía ni aun sentarse á la mesa, porque el sitio vacío de Evangelina la arrancaba amargos sollozos, y ni los ruegos ni las caricias de su madre y de su hermano lograban que consintiese en tomar alimento; borraróse el color de sus mejillas, hundióse sus ojos, y por fin una fiebre activa encendió su sangre, postrándola en el lecho, donde permaneció tres meses casi sin esperanzas de vida.

Cuando se levantó estaba enteramente cam-

biada; comprendiendo que debía llenar en lo posible, cerca de su afligida madre y de su desolado hermano, el inmenso vacío que dejaba Evangelina, se aplicó con extraordinario esmero á desempeñar las ocupaciones que corrían á cargo de aquélla.

Negligente Adoración y un tanto holgazana, cuando descuidaba en la asiduidad de Evangelina, se levantaba con el alba, arreglaba para todo el día el gobierno de la casa, daba á la tía Damiana las viandas, y llenaba, en fin, todas las obligaciones precisas en una familia que vive con orden; luego ayudaba á hacer la limpieza, peinaba á su madre, y después de media hora de tocador, empleada en su aseo, tomaba la aguja y trabajaba sin descanso en la costura hasta que llegaba el momento de consagrarse al dibujo.

Mas por una consecuencia de su carácter afectuoso y apasionado iba á encerrarse todos los días durante algunos instantes en la habitación que había ocupado Evangelina, y cuya llave guardaba con cuidado; todo se hallaba en el mismo estado que ella lo dejó; el piano abierto, la bata blanca que se había quitado en el respaldo de una silla, y delante del crucifijo de yeso los dos vasos llenos de flores marchitas.

La pobre niña lloraba allí durante largo rato, y luego, arrodillándose junto al crucifijo, rezaba

fervorosamente por la felicidad de Evangelina.

Así transcurrieron tres años y medio; cuando doña Catalina la anunció que iban á pasar aquel invierno á Madrid, sintió Adoración una indecible alegría.

—¡Quizás—pensaba—podré aún encontrar á Evangelina! Mas cuando hizo partícipe á su madre de este pensamiento su irritación la llenó de desconsuelo; en el recto juicio, en la severa virtud de la señora de Sandoval, la ingratitud era la más grande de todas las culpas, y, pasado el primero y más fuerte acceso de su dolor, el nombre de su sobrina únicamente la producía la cólera más profunda.

No obstante, Adoración comunicó todas sus esperanzas á su hermano, que la abrazó tiernamente y convino con ella lo que debían hacer.

Víctor se encargó de buscar á Evangelina y averiguar secretamente si era feliz; si efectivamente lo era, se resignaría á no ver á la condesa de San Telmo, que no tenía necesidad de saber ni siquiera que sus primos vivían en Madrid, porque la existencia de la clase media es enteramente desconocida de la aristocracia; si, por desgracia, sufría, entonces Adoración iría á verla con su hermano sin que su madre lo supiera, para consolarla y prodigarla todo su cariño.

No se crea por esto que Víctor, arrastrado por el amor que ardía en su corazón, quería

hacer faltar á Evangelina á sus deberes de esposa; el noble joven estaba bien decidido á sepultar su pasión en lo más hondo de su alma y á ser para la condesa un hermano en toda la santa acepción de esta palabra.

Pero en vano trató de descubrir la huella de algún pesar en la existencia de Evangelina; encontrábala alguna vez en medio de las fiestas del gran mundo, pero huía de su vista, y espía-ba, sin que ella lo notase, hasta sus menores movimientos. Engañado por el noble orgullo de la condesa, la creyó, como todos, muy dichosa con su suerte, y dejó de verla, porque renunció á los placeres que sólo por ella frecuentaba.

En vano también interrogó á Luis, su antiguo amigo, para penetrar algo de la vida privada de la condesa. Temeroso éste de que la pasión de Víctor abriese una nueva herida en el alma de Evangelina, aseguró á su amigo con firmeza que era muy dichosa y que vivía rodeada de toda la ternura de su marido, guardando para la desgraciada condesa el más inviolable secreto acerca de la venida de su familia á la corte.

No obstante, el joven doctor sufría con las continuas preguntas de Adoración, á la cual amaba apasionadamente desde la vez primera que la vió, y de la cual era tiernamente correspondido; su matrimonio, que colmaba todos los

deseos de doña Catalina y don Anselmo, estaba ya decidido y fijado para un plazo muy próximo.

Víctor, que había ya perdido la esperanza de acercarse á su prima, salió para París, y á su vuelta fué cuando encontró á Evangelina en el baile de la embajada de Francia, adonde no pudo excusarse de concurrir.

Allí se apercibió de que no era tan dichosa como se lo habían pintado; la vió arrojar el ramillete, llorar y cambiar de color, llegando un instante, al final de la terrible escena de que fué testigo mudo, en que la creyó próxima á desmayarse.

Ya sabemos que la condesa vió también entonces por la vez primera á su primo después de cuatro años.

Víctor se decidió á ir á visitarla con su hermana al siguiente día; pero cuando se disponía á participar á ésta su designio, apareció en su cuarto don Anselmo, que se dejó caer en una silla llorando como un niño.

A las ansiosas preguntas de Víctor contestó el anciano con la relación de la espantosa catástrofe que, según él, había puesto fin á la vida de la infeliz Evangelina.

El desventurado joven ocultó su dolor en lo más íntimo de su alma, y aquel mismo día partió de nuevo para París, sin participar ni á su madre ni á su hermana una desgracia que hu-

biera agobiado el corazón de la primera con el peso de tardios remordimientos y que hubiera sumido á la segunda en una profunda aflicción.

En el momento en que presentamos á doña Catalina y á su hija á nuestros lectores hacía tres horas que había partido Víctor; la pobre anciana, entristecida, como siempre que su hijo se separaba de ella, guardaba silencio, y Adoración la imitaba, contentándose con mirarla de vez en cuando é idear en su mente el medio de distraerla de su tristeza.

—Mamá—dijo de repente—¿quieres que vayamos á dar un paseo? ¡Está la tarde tan hermosa!

Al oír la palabra *paseo* enderezó Camelia las orejas y se sentó sobre sus patitas traseras, observando atentamente á sus señoras.

—Hija mía, no tengo humor de vestirme—contestó doña Catalina, alzando sus ojos, en los cuales brilló una lágrima.

—Pues mira, no te vistas y nos iremos por donde no haya gente; por la puerta de Atocha, ¿quieres?

—¡Me entristecen tanto los viajes de tu hermano, y más desde que veo que no hay una necesidad de que los haga!... Tus pinceles, hija mía, nos dan más de lo necesario.

—Eso prueba, mamá, que Víctor hace esos

viajes por divertirse, y, por lo tanto, es menester dejarle.

—No lo creas; sus viajes no tienen otro objeto que apartar de nuestros ojos la melancolía que le devora hace cuatro años.

Suspiró Adoración y sus párpados se bañaron de lágrimas al oír estas palabras; pero por un afecto de su abnegación filial se acercó á su madre, se arrodilló á sus pies y ciñó su cuello con sus brazos.

—Mamá—dijo—tú te cuidas demasiado de Víctor y nada de mí; apuesto á que no has advertido que no como casi hace dos días; ¿no quieres pasear por mi salud?

—Sí, hija mía, sí; vamos cuando quieras.

Adoración salió de la estancia cantando y brincando de alegría, y un instante después volvió con una mantilla de casco de *moaré* guarnecida de blondas, que arregló sobre la cabeza y los hombros de su madre, después de quitarla la calceta de las manos; luego la dió el manguito, ordenó los pliegues de su pañolón y se puso ante el espejo una manteleta de merino negro de elegante hechura y un sombrero de terciopelo verde sin otro adorno que un velito negro.

Camelia iba saltando delante de ella, luciendo ya su collar de cascabeles.

—Francisca, si viene el señorito Luis, que nos

espere—dijo Adoración á una criada joven y aseada que abrió la puerta.

Y presentando el brazo á su madre bajaron ambas la escalera, precedidas de Camelia, que ladraba y corría sin cesar, dando inequívocas muestras de una alegría indescriptible.

II

—Yo quisiera, mi querida Adoración, acortar el plazo de nuestro enlace—decía aquella misma noche el joven doctor á su linda prometida, con la cual hablaba á media voz, mientras que doña Catalina y don Antonio jugaban al tresillo;—en verdad, creo una cosa bastante rara el que estamos esperando por si la bordadora no ha concluido todavía tus peinadores y tus gorras.

Las mejillas de la joven se cubrieron de carmín, y continuó su labor de *crochet* con más afán del que había puesto hasta entonces.

—Esta noche voy á hablar de ello á mi padre—continuó Luis, que había columbrado un rayo de alegría en los rasgados ojos de Adoración.

—Pero yo quisiera—dijo ésta—esperar para celebrar nuestro casamiento á que Víctor volviese, y quizá tardará: ¡esta vez se ha ido tan triste!... ¡Temo mucho por su salud!...

Cargáronse de llanto los ojos de la joven al

pronunciar estas palabras, y volvió la cabeza, enjugándolos con el pañuelo, para que su madre no se apercibiese de su conmoción.

—Yo también deseo que Víctor sea testigo de nuestra dicha—dijo Luis—aunque sé de cierto que su corazón herido no puede participar de ella.

—¿Cómo no, si nos ama tanto?—exclamó la hermosa niña con candorosa admiración.

—El último dolor que ha sufrido ha aniquilado todas las fuerzas de su alma.

—¿Ha muerto acaso Evangelina?—preguntó Adoración, cuyo semblante se cubrió de una densa palidez.

—Sí, ha muerto—contestó el doctor;—vale más que lo sepas cuanto antes para que ruegues por el descanso eterno de la desdichada suicida!

—¡Suicidada!—murmuró la pobre joven, ahogada por los sollozos.—¡Oh, Luis, déjame, déjame que la lllore á solas!

Luis estrechó la mano de Adoración y la dejó ir á desahogar su aflicción, siguiéndola con una mirada triste.

Aprovechemos nosotros este intervalo para hacer á nuestros lectores la descripción del doctor.

Luis González frisaba en los treinta años; su estatura era elevada y gallarda, y su rostro, más que hermoso, simpático, por la expresión de be-

nevolencia y de dulce gravedad que en él llevaba impresa.

Su cara, más larga que ovalada, tenía esa suave palidez que marca el estudio y que es la más aristocrática de todas; sus grandes ojos pardos, de mirada dulce, melancólica y profunda, armonizaban bien con sus cabellos negros y rizados; tenía la frente hermosa é inteligente, la sonrisa cariñosa y el resto de las facciones regular y agradable; su dentadura era de nácar y sus manos torneadas y nerviosas; sus largos bigotes castaños, que se ensortijaban graciosamente en sus morenas mejillas, y sus tendidas y hermosas cejas daban á su fisonomía un carácter de pasión que se encuentra pocas veces en los hombres de nuestra gastada sociedad.

Su traje era elegante, sin afeminación; conocíase bien que lo había cortado la tijera de Utrilla, y aunque holgado, no cubría ninguna de las perfecciones de su simpática figura; su precioso reloj, que había costado mil pesos en Londres, estaba pendiente de un imperceptible cordoncito de pelo, primer regalo de Adoración; su camisa, de transparente y azulada batista, se cerraba casi siempre sobre el pecho con dos diminutos botones de esmeraldas, y su pie estaba siempre tan admirablemente calzado, que el holgado y luciente charol que lo encerraba parecía aumentar su pequeñez.

Sus modales tranquilos, reposados y afables, y su figura toda, retrataban bien la resignada bondad de la fuerza y la indulgente tolerancia del verdadero valor.

El doctor Luis se había reído más de una vez de algún atildado mozalbeta que había creído al desafiarle hacer alarde de un arrojo temerario; y, sin embargo, como hombre de mundo, había tenido lances formales, en los cuales había prescindido de su natural prudencia para cortar una lengua villana ó defender el honor de una mujer.

Tal era el joven médico; la única pasión que sintiera se la había inspirado la señorita de Sandoval, y en ella fiaba la felicidad de toda su vida; hijo amante y respetuoso, hombre generoso y compasivo, dotado de un corazón sensible como el de una mujer, pero de una alma elevada y enérgica, era imposible que no fuera el mejor de los esposos y el padre más amoroso y previsor.

Las doce señalaba el lindo reloj colocado sobre la consola de la señora de Sandoval cuando ésta y don Anselmo suspendieron su partida.

—¿Vamos, Luis?—dijo el anciano á su hijo, que se paseaba por la sala.

—Cuando quieras, padre—repuso éste tomando su sombrero.

—¿Dónde está Adoración?—preguntó admirada doña Catalina.

—Ha un momento que salió diciendo que la dolía la cabeza—contestó el médico, que hacía ya rato que estaba inquieto por la larga ausencia de la joven.

—Vamos á su cuarto—dijo don Anselmo saliendo presuroso.—¿Acaso no eres tú casi su marido? Vamos á ver qué tiene.

Los tres se dirigieron á la habitación de la joven, que, cansada de llorar y agobiada de un fuerte dolor de cabeza, se había tendido vestida sobre su lecho, acometiéndola bien pronto un terrible delirio.

—¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!...—repetía con voz sofocada por secos sollozos.—¡Ha muerto suicidada, sin verla yo!...

—¿Qué es lo que dice?—exclamó doña Catalina asustada y tomando entre sus manos las abrasadas de su hija.—¿Qué habla de suicidio y de muerte?

—¡Evangelina! ¡Evangelina!—murmuró de nuevo Adoración.

—¡Ah!—gritó la señora de Sandoval, para quien estas palabras fueron un rayo de horrorosa luz.—¿Ha muerto Evangelina?

—Sí—contestó don Anselmo con tristeza;—se ha precipitado en el canal.

—¿Cuándo?—tornó á preguntar doña Catalina, en cuyos ojos brillaba un fulgor extraño.

—Esta mañana al amanecer.

—¡Ah, bendito sea Dios!—gritó la madre de Adoración levantando al cielo una mirada de gratitud.—¡Entonces... no ha muerto!

—¿Qué dice usted?—exclamaron á un tiempo don Anselmo y su hijo.

—Que Evangelina vive: esta tarde, paseando con mi hija por las orillas del canal, he oído á un guarda que contaba á un compañero suyo cómo había salvado á una joven vestida de baile que se había arrojado al agua.

—¡Esa... esa es!—gritó don Anselmo.—¿Pero su hija de usted no oyó esa conversación?

—Sin duda, y durante el paseo no dejó de lamentar la suerte de esa desdichada.

—Adoración no me dejó tiempo para decirle de qué modo se había suicidado la condesa—observó el doctor, que permanecía en pie al lado de la cama;—su dolor la arrebató de una manera tal, que salió presurosa de la sala; de lo contrario, el recuerdo de lo que oyó á los guardas la hubiera convencido de que Evangelina vive.

—¡Vive!—exclamó el anciano con amargura.—¡Infeliz, viuda y desamparada!

—¡Viuda!—repitió doña Catalina aterrada.—¿Acaso el conde?...

—El conde—dijo don Anselmo—se ha suicidado también de un pistoletazo.

—¡Qué horror! ¡Ah, busquemos á Evangelina,

busquémosla sin perder tiempo, amigos míos—gritó vivamente la señora de Sandoval.—¡Busquémosla y... que vuelva á ser mi hija!

III

Muchos días pasaron haciéndose continuas pesquisas para averiguar el destino de la infeliz Evangelina.

En vano don Anselmo, con grave perjuicio de sus intereses, que le llamaban á su botica de Aybar, se detuvo un mes en Madrid para aclarar tan importante asunto. En vano se informó de los guardas del canal, ofreciendo una grande suma al que le descubriese el paradero de la joven. Todos unánimes convenían en que el salvador de la condesa debía ser un hombre llamado Antonio Fernández, que había muerto, hacía unos ocho días, de una fiebre maligna, y todos aseguraban que ninguno de ellos había sido el autor de tan generosa acción.

Algunos decían haber oído hablar á su difunto compañero de la joven que había sacado del fondo de las aguas; aun recordaban el elogio que hacía de su triste belleza, de su lujoso traje y de su dulzura y encantos; según ellos, Antonio les había dicho que vivía en compañía suya y de su mujer, y la viuda debía saber dónde se encontraba la hermosa señorita.

El anciano indagó dónde vivía aquella y tuvo que ir á lo último del barrio de Lavapiés; mas al llegar á la casa que le habían indicado, lejos de encontrarse en el término de sus pesquisas, halló por premio de sus afanes el más triste desengaño.

Una anciana enfermiza y cubierta de andrajos que salió á abrirle le contestó con tono áspero y gruñón que la viuda del guarda se había mudado de allí hacia cuatro días, sin dejar dicho dónde iba.

Inútil fué que don Anselmo tratase de preguntarla algo más; la vieja cerró la puerta bruscamente diciendo que nada sabía acerca de la mujer por quien preguntaba, y el anciano volvió á casa de la señora de Sandoval lleno del más vivo desconsuelo.

Un mes más se pasó en inútiles averiguaciones. A pesar de lo que doña Catalina y su hija habían oído á los guardas, todo indicaba que la infeliz Evangelina había muerto, si no en el fondo de las aguas, agobiada por los crueles padecimientos de la miseria.

De nada sirvió recurrir á la policía, emplear agentes fieles y secretos y derramar oro en abundancia.

Ni el más leve rastro de luz indicaba la existencia de la condesa.

Después de ocho días de fiebre y de delirio, se

hizo menos peligroso el estado de la salud de Adoración; la savia de la vida volvió á circular por sus venas y su juvenil naturaleza triunfó al fin de la enfermedad.

La señora de Sandoval, que hasta entonces sólo había pensado en ella, se informó ansiosamente de don Anselmo y de su hijo acerca de todos los pormenores de la vida de la condesa, pormenores que completó Adoración refiriéndola cuantas tentativas habían puesto por obra Víctor y ella para descubrir la suerte de Evangelina.

Durante este largo y doloroso relato cambió muchas veces de color doña Catalina; aquella mujer de alma fuerte y espíritu varonil, pero de corazón magnánimo, se reconvinó amargamente por haberse desentendido de la hija de su hermano, y lloró con desgarradora pena todas las desgracias de la infeliz joven, teniendo que consolarla los mismos que alguna vez habían censurado la rigidez de sus principios y la severidad de su virtud.

No bien la señorita de Sandoval estuvo restablecida, manifestó Luis sus deseos de celebrar su enlace lo antes posible, petición que apoyó su padre, alegando su precisión de marchar á Aybar y su propósito de que sus hijos le acompañasen, á fin de que pasaran á su lado los primeros meses de su matrimonio.

Nada tuvo que oponer doña Catalina, y aquel mismo día escribió á Víctor diciéndole que se pusiese en camino para asistir al enlace de su hermana.

IV

Era el amanecer de un día sereno, pero frío, de Marzo; el mes empezaba, y sus vientos, helados todavía, se dejaban sentir con fuerza.

Madrid dormía aún.

Sólo algunos jornaleros que se dirigían á emprender sus respectivas faenas y algunos vendedores cruzaban las calles con la lentitud forzada de esta clase de gentes.

Las buñoleras, abrigadas con sus pañolones de lana, en los cuales envolvían su cabeza, voceaban con acento ronco su cantinela acostumbrada; los verduleros pregonaban el largo catálogo de las legumbres que parecía se querían escapar de sus repletas cestas; los ropavejeros, esos corredores infatigables, lo mismo de los barrios solitarios y extraviados que de los más populosos y céntricos de la corte de España, gritaban también pidiendo mercancía en vez de ofrecerla, como hacían todos los demás mercaderes ambulantes, y en alguna que otra esquina se veía á una maritornes vivaracha y de compasivos ojos hablando mano á mano con un asistente mien-

tras dormían sus amos y después de haber hecho la compra que en caso necesario debía servir de pretexto á su excursión matutina.

Pero entonces apenas eran las siete, y si bien los vendedores cruzaban ya, como hemos dicho, las calles de Madrid, el más completo silencio reinaba aún en la del Almendro, adonde vamos á conducir al lector si se digna seguirnos.

Aquel barrio, solitario siempre, lo es mucho más en las madrugadas y noches; en la fecha á que se refiere nuestra historia, aunque no muy lejana, no vivían en él más que pobres artesanos, algunos eclesiásticos beneficiados de San Pedro y dos ó tres ancianas que se ocupaban en hacer mandados en las casas de la vecindad.

Los tres ó cuatros palacios solariegos que en él se ven estaban entonces desocupados, porque sus aristócratas y opulentos dueños habitaban en los barrios elegantes de Madrid.

Sin embargo de tener una posición tan modesta los vecinos de la calle del Almendro, todos dormían aún en la mañana que hemos citado, á juzgar por el silencio y quietud que se advertía; sólo una pequeña ventana de un cuarto piso abuhardillado se veía abierta, en el centro de la calle.

Aquella ventana, adornada con una maceta de geranio malva y otra de reseda, tenía otra inmediata, que ostentaba otras dos macetas de ale-